

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**FILOSOFIA**  
**Y**  
**LETRAS**

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

**38**

*ABRIL-JUNIO*

**1950**

*IMPRESA UNIVERSITARIA*

# **UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

Rector:

**DR. LUIS GARRIDO**

Secretario General:

**DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE**

## **FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Director:

**DR. SAMUEL RAMOS**

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

*Eduardo García Máynez*

SECRETARIO:

*Juan Hernández Luna*

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71  
México. D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país.....	\$7.00
Exterior .....	dls. 2.00
Número suelto .....	\$2.00
Número atrasado .....	\$3.00

## S u m a r i o

### ARTICULOS

	Págs.
Margo Glantz . . . . .	<i>La dimensión americana en Antonio Caso</i> . . . . . 255
Bernabé Navarro B. . . . .	<i>Vasconcelos, profeta de América</i> . . . . . 269
Juan Hernández Luna . . . . .	<i>Imagen de América en Alfonso Reyes</i> . . . . . 291
Raúl Cardiel Reyes . . . . .	<i>El ser de América en Agustín Yáñez</i> . . . . . 301
Francisco López Cámara . . . . .	<i>La ontología americana de Edmundo O'Gorman</i> . . . . . 323
Rafael Moreno . . . . .	<i>Gaos y la filosofía hispanoamericana</i> . . . . . 339
Leopoldo Zea . . . . .	<i>La historia de las ideas en Hispanoamérica</i> . . . . . 365
Risieri Frondizi . . . . .	<i>Tipos de unidad y diferencia entre el filosofar en Latinoamérica y en Norteamérica</i> . . . . . 373

	Págs:
José Ferrater Mora . . . . .	<i>El problema de la filosofía americana</i> . . . . . 379
Patrick Romanell . . . . .	<i>Una visión de las dos Amé- ricas</i> . . . . . 385
Filmer S. C. Northrop . . . . .	<i>Los factores genéricos y di- ferenciales en la cultura panamericana</i> . . . . . 393
Louis O. Kattsoff . . . . .	<i>"Filosofía americana": un adjetivo ambiguo</i> . . . . . 403
Herbert W. Schneider . . . . .	<i>La emigración de ideas ha- cia América</i> . . . . . 411

#### RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Emilio Uranga . . . . .	<i>El Existencialismo.</i> (Norberto Bo- bbio.) . . . . . 415
Augusto Salazar Bondy . . . . .	<i>Da filosofia.</i> (Pero de Botelho.) . 418
Luis Villoro . . . . .	<i>La filosofía actual.</i> (Inocente Ma- ría Bochénski.) . . . . . 422
Jesús Zamarripa Gaitán . . . . .	<i>El arte como experiencia.</i> (John Dewey.) . . . . . 426
Elena Orozco . . . . .	<i>Psicoanálisis y Existencialismo.</i> (Viktor Franklt.) . . . . . 428
Alfonso Zahar Vergara . . . . .	<i>Oración en elogio de la jurisperu- dencia.</i> (J. B. Balli.) . . . . . 435
J. H. Luna . . . . .	Noticias de la Facultad de Filoso- fía y Letras . . . . . 439
Rafael Heliodoro Valle . . . . .	Notas y noticias de América . . . 443
Publicaciones recibidas . . . . .	. . . . . 459
Registro de revistas . . . . .	. . . . . 460

## LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN HISPANOAMERICA

El estudio de la historia de las ideas, el pensamiento o la filosofía en Hispanoamérica, es un tema que va tomando un interés cada vez más creciente en los países situados abajo del Río Bravo. No quiere esto decir que antes de ahora no hayan interesado este tipo de investigaciones. No, lo que se quiere decir es que ahora los citados estudios se encuentran estimulados en una forma bien peculiar. En el fondo, parece como si en ellos se estuviese jugando nada menos que el futuro de nuestra América. El citado estudio es visto como una tarea especial, necesaria y urgente, de la cual depende la toma de conciencia de esta América y, con ella, el reconocimiento de nuestras propias posibilidades, esto es, de nuestro futuro.

La preocupación por este tipo de trabajos ha partido del campo de los estudiosos de la filosofía, con la explicable desconfianza de parte de los estudiosos de la historia. Desconfianza que al fin se va borrando, como lo demuestra la inclusión de temas filosóficos en los congresos de historiadores. No es menester decir que la misma desconfianza se encontró, y aun la hostilidad, en el campo de los estudiosos de la filosofía que seguían considerando a ésta como una tarea abstracta y ajena a lo temporal, esto es, a la historia. Los estudiosos de la historia de nuestras ideas se han encontrado prácticamente entre dos fuegos: los historiadores encontraban su labor demasiado abstracta; los profesores de filosofía demasiado concreta. La historia de las ideas aparecía como una labor híbrida, sin alcanzar a ser historia ni filosofía.

Sin embargo, el tiempo, nuestro tiempo, ha venido a justificar estas preocupaciones en los dos campos: el de la historia y el de la filosofía. Historiadores y filósofos se han encontrado en nuestros días como ayer se habían encontrado teólogos y filósofos. La historia se ha convertido en una preocupación vital en la misma forma como ayer lo fué la ciencia

y en otra época la religión. Con la historia tropiezan, en nuestros días, hombres de ciencia, religiosos, políticos, literatos y filósofos. La historicidad se hace patente y penetra en todas las formas de expresión de lo humano. La filosofía, su máxima expresión, en tanto que trata de dar una explicación última y total de su modo de ser, no podía permanecer ajena a esta su más patente dimensión, lo histórico. En el siglo XIX, con Hegel a la cabeza, se inicia la preocupación de la filosofía por la historia. El marxismo, el positivismo y el historicismo son expresiones de este filosofar sobre esa realidad cambiante que forma la historia. El primero, el marxismo, ofrecía un método de interpretación de la historia a partir de un substrato económico del cual no vendrían a ser, todas las formas de la cultura, otra cosa que superestructuras. La metodología marxista permitía desenmascarar lo que se dió en llamar la ideología, esto es, maneras o formas de pensar propias de determinados grupos o clase sociales. Intereses materiales, concretos, tan concretos como lo pueden ser los intereses económicos, se ocultaban en una serie de ideas o formas de pensamiento en apariencia plenamente abstractas, tal como podrían serlo las religiosas, las científicas, las artísticas y las filosóficas. Más tarde este mismo método sería recogido por la *Sociología del conocimiento* de un Karl Mannheim y la *Sociología del saber* de un Max Scheler; pero buscando la explicación de lo histórico en otros diversos substratos, además de los económicos. Por su lado, el positivismo, se enfrentaba también al problema de la interpretación de las diversas formas de expresión de la historia, sólo que para ello se servía de un método aún más simplista que el del marxismo. Trató de aplicar a la historia el mismo método que se aplicaba al campo de las ciencias naturales, dado el gran éxito que en el mismo había alcanzado. Guillermo Dilthey, creador del historicismo, trató por su lado de encontrar un método apropiado al campo de las ciencias de la historia, o del espíritu, como él las llamaba. Un método que salvando todo simplismo tratase de comprender todas las formas de expresión de lo histórico. En este campo el problema no era explicar, sino comprender. Comprender es saberse poner en situación ajena a la propia; en la situación propia de los otros, nuestros semejantes. Todos los hechos históricos poseen un sentido; pero éste es sólo asequible al que sabe comprender, esto es, al que sabe situarse en esos hechos como si fuesen los propios y los vive como tales. Este método ha dado origen a obras maestras en el campo de la historia de las ideas, como lo pueden

ser los trabajos de un Bernardo Groethuysen sobre la formación de la conciencia burguesa durante el siglo XVIII, los de un J. Huizinga sobre la Edad Media y el Renacimiento o los de un Werner Jaeger sobre la Cultura Griega, y, desde luego, los realizados por el propio Dilthey. En nuestros días la filosofía tiene necesariamente que ocuparse en forma muy principal de la historia, como algo esencial al único ente del que es menester partir para dar respuesta a la pregunta clásica de la filosofía: ¿Qué es el ser? Tal es lo que hace el existencialismo.

Tales han venido a ser las justificaciones teóricas, o filosóficas, del estudio de la historia de las ideas en Hispanoamérica. Las personas que se interesen por conocer los trabajos que, en estos últimos tiempos, se han realizado en este campo, podrán fácilmente encontrar las citadas justificaciones filosóficas de los mismos. Arturo Ardao, investigador uruguayo al que se deben ya dos magníficos estudios sobre la historia de las ideas en el Uruguay, justifica, tanto sus trabajos como los trabajos que en este sentido se realizan en esta América, en un artículo cuyo título es indicativo: "El historicismo y la filosofía americana" (*Cuadernos Americanos*, julio-agosto de 1946). "La relación existente entre el historicismo contemporáneo y la actual preocupación por la autenticidad de la filosofía americana —decía—, explica, por otro lado, que dicha preocupación derive al estudio del pasado filosófico de América." Medardo Vitier y Roberto Agramonte, autores de no menos magníficos trabajos sobre la historia de las ideas en Cuba, justifican sus trabajos y preocupaciones en forma semejante. Lo mismo puede decirse de Guillermo Francovich en Bolivia, Jorge Muñoz Rayo en Chile, Alejandro C. Arias del Uruguay, Ramón Insúa Rodríguez en el Ecuador y, saliendo de Hispanoamérica, Cruz Costa del Brasil.

El estudio de la historia de las ideas en Hispanoamérica, se decía al principio, es una tarea especial, necesaria y urgente, y lo es para un determinado fin: nuestro propio conocimiento; autoconocimiento podríamos llamarle. La preocupación por alcanzar este conocimiento es una preocupación que nos es peculiar, una preocupación que responde a una serie de circunstancias o situaciones que nos son propias. Estas circunstancias o situaciones han dado origen en Hispanoamérica a una falta de conciencia histórica. Tal cosa no quiere decir que nos hayan faltado historiadores, que carezcamos de tradición en el campo de los estudios históricos. No, Hispanoamérica puede presentar en cada uno de sus países



una pléyade de magníficos maestros de la historia. Tener conciencia histórica es otra cosa. Europa también tuvo historiadores desde Herodoto y Tucídides, pero propiamente no tuvo conciencia histórica hasta el siglo XIX. Y esta conciencia se hizo patente, como tenía que ser, en la filosofía. Hegel expresa esta toma de conciencia histórica.

Tomar conciencia de la historia es hacer del pasado eso: pasado. Esto es, hacer del pasado algo que por el hecho de haber sido vivido no tiene por qué volver a vivirse; experiencia. Tal es lo que Hegel hacía ver en su dialéctica. La historia tenía esta función: negar el pasado, esto es, asimilarlo a la experiencia de un presente para mejor preparar el futuro. Dentro de esta dialéctica, negar no significa sino asimilar, conservar. Significa ser algo plenamente para no tener necesidad de volver a serlo. El haber sido algo no debe ser un estorbo, sino parte del propio ser, la experiencia que permite seguir siendo. Cuando se asimila bien, no se tiene necesidad de seguir siendo lo que se ha sido, no se tiene por qué repetir experiencias realizadas. La conciencia histórica hace patentes estas experiencias. La Historia es la expresión objetiva de esta asimilación o negación dialéctica. De esta experiencia hablaba Hegel en su *Filosofía de la historia*, y al hablar de ella mostraba a los europeos de su tiempo las experiencias del espíritu en un pasado que no tenía necesidad de repetir.

Pues bien, esta es precisamente la experiencia que ha faltado a los pueblos hispanoamericanos. A pesar de toda su historia escrita, a pesar de todos sus grandes historiadores, les ha faltado conciencia histórica. Nuestra historia no ha sido aún negada dialécticamente. Ella no es aún la expresión de lo que hemos sido, sino la expresión de lo que somos y de lo que seremos si somos incapaces de asimilarla. Aún seguimos discutiendo apasionadamente, afirmando o negando lo que debía ya ser un pasado, una experiencia que nos permitiese ir más allá de ella en el futuro. Nuestros propios historiadores en el presente son una clara expresión de esta falta de conciencia histórica. Aún encontramos, a cuatro siglos de distancia, defensores o detractores de Hernán Cortés; aún encontramos quienes se empeñan en escribir Méjico con "j" o México con "x"; aún hay hispanistas e indigenistas. O, en otras palabras, aún no se toma conciencia de México como unidad. Se le conoce, pero amputado, dividido. Lo que el historiador conservador ve del pasado es negado por el liberal, y viceversa. Y lo que decimos de nuestros historiadores podríamos también decirlo de los del resto de Hispanoamérica. Parece como si careciése-

## LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN HISPANOAMERICA

mos de historia, de pasado; ya que sus hechos continúan como si nunca hubiesen sucedido: vivos, presentes y, por lo mismo, amenazantes.

Si volvemos la vista a nuestro siglo XIX, verdadera raíz de nuestra situación, podremos observar cómo nada ha cambiado. De allí nos viene esa incompreensión del pasado, ese afán de amputar en vez de asimilar. Pero si el XIX tiene una justificación histórica, dadas sus especiales circunstancias, nuestro siglo XX ya no la tiene. Todo el pasado siglo XIX hispanoamericano no es sino la expresión de un máximo esfuerzo, el realizado por nuestros llamados emancipadores mentales, para arrancarnos, desarraigarnos, de un pasado que era considerado como la raíz de todos los males de nuestra América. Pasado que era visto como la contradicción del futuro, al que aspirábamos los hispanoamericanos. ¡El pasado o el futuro! tal fué el tajante dilema del XIX hispanoamericano. Era menester elegir, no cabían evasivas. Y una vez hecha la elección, era menester acabar violentamente con lo negado. "Civilización o barbarie", daba a elegir el argentino Sarmiento; "republicanismo o catolicismo", decía el chileno Francisco Bilbao. ¡Democracia o absolutismo! ¡Liberalismo o tiranía! ¡Federalismo o centralismo! ¡América o Europa! ¡Estados Unidos o Roma! Tales eran las disyuntivas. No había asimilación alguna, no era posible ninguna solución dialéctica. Ninguna conciliación, sólo la guerra, la destrucción de lo uno o de lo otro.

El resultado de este tipo de negación antihistórica lo podemos palpar actualmente. Mientras en Europa se discute, en nuestros días, la forma política y social que habrá de adoptarse en el futuro, nosotros, los hispanoamericanos, tenemos aún que discutir un pasado que no ha sido asimilado. Mientras Europa lucha por realizar una historia que represente un progreso más en su movimiento dialéctico, Hispanoamérica tiene aún que volver los ojos al pasado para defender, inclusive, libertades que parecían definitivamente ganadas. Después de cien años aún se tienen que defender figuras como la de Juárez en México o Sarmiento en la Argentina. La bandera de Iturbide y la bandera de Rosas son todavía banderas vivas y amenazantes. Sólo en pueblos sin conciencia histórica es posible hacer del pasado algo presente. De aquí que nada tenga de extraño se siga discutiendo, por determinados grupos políticos, la posibilidad de volver a formas sociales como las de la Colonia.

Utilizando una lógica formal en vez de una lógica dialéctica, lo único que hemos logrado es acumular nuestros problemas. Por no habernos así-

milado históricamente el pasado, éste continúa presente amenazando nuestro porvenir. El maestro Antonio Caso, que tanta visión tuvo para muchos de nuestros problemas, decía al respecto: "México en vez de seguir un proceso dialéctico uniforme y graduado, ha procedido acumulativamente. Causas profundas que preceden a la Conquista, y otras más, que después se han conjugado con las primeras, y todas entre sí, han engendrado el formidable problema nacional, tan abstruso y difícil, tan dramático y desolador. ¡Todavía no resolvemos el problema que nos legó España con la Conquista; aún no resolvemos tampoco la cuestión de la democracia, y ya está sobre el tapete de la discusión histórica el socialismo en su forma más aguda y apremiante."

De aquí la urgencia de esta asimilación. Tenemos que hacer de nuestro pasado algo que por el hecho de haber sido no tenga necesidad de volver a ser. Tenemos que negarlo con la mejor de las negaciones, la histórica. Si no queremos repetir la experiencia de nuestros antepasados viviéndola, es menester que la convirtamos en historia, en auténtica experiencia. Tal es lo que ha hecho siempre Europa; es esta la mejor lección que podemos aprender de su cultura. Esta ha sido la tarea de sus historiadores y filósofos. La historia de Europa no está formada por los puros hechos históricos, sino además por la conciencia filosófica que de ellos se tiene. Esto es, por la relación que se ha sabido encontrar a estos hechos con el conjunto de toda su historia cultural. Ningún hecho histórico, por pequeño que sea, carece de sentido. El mismo sentido que se hace patente con toda claridad en formas de expresión cultural, aparentemente más abstractas, como lo son las ideas, el pensamiento y la filosofía de una determinada época histórica. Es en la historia de las ideas donde el espíritu de una época se deja captar con mayor claridad y precisión. Todos los motivos que pueden mover a un individuo, o a una nación como conjunto de individuos, a enfrentarse a sus circunstancias para adaptarlas o adaptarse, se hacen patentes en esta historia. Estos motivos pueden ser unas veces económicos o políticos, otras religiosos o simplemente espirituales. Tener conciencia de estos motivos es tener conciencia histórica.

Cuando se tiene esta conciencia se ha alcanzado la comprensión histórica. Comprender, desde el punto de vista histórico, es tener capacidad para colocar un determinado hecho en el lugar preciso que le corresponde en nuestro presente: en este caso su lugar es el de una experiencia realizada que, por la misma razón, no tiene por qué volver a realizarse. Cuando se

## LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN HISPANOAMERICA

comprenden los motivos por los cuales en una determinada época se realizaron determinadas formas de expresiones históricas, se comprenden también los motivos por los cuales estas mismas formas no pueden repetirse en el presente, salvo negando la historia, esto es, la capacidad del hombre para progresar apoyándose en sus propias experiencias. Tal debe ser el papel del historiador de las ideas. A él le corresponde ofrecer los medios de comprensión de nuestro pasado mediante la cual sea posible alcanzar una plena conciencia histórica.

Pero hay algo más; al historiador de nuestras ideas o historiador de nuestra historia intelectual, le corresponde una tarea más: la de hacer patente el espíritu que es común a nuestra América en medio de sus divergencias y distinciones. Comprender el propio pasado es comprenderse a sí mismo, tener una clara idea de sí mismo. De aquí que una de las primeras tareas sea la de captar, mediante esa comprensión, la idea que nos es propia. Primero como mexicanos, argentinos, peruanos, chilenos, etcétera. Dentro de nuestras múltiples diferencias es menester captar, por ejemplo, qué es lo propio del mexicano, qué es lo que hace de un mexicano un mexicano, qué es lo que le perfila caracterizándole como tal en medio de otros hombres. Y, a continuación, ¿qué es lo que hace que un mexicano, un argentino, un chileno o cualquier otro hispanoamericano sea además de mexicano, argentino, o chileno, hispanoamericano? Esto es, dentro de las múltiples diferencias que puedan tener entre sí los hispanoamericanos, ¿qué es lo que hace posible darles este nombre genérico? O, en otras palabras, ¿cuál es la idea propia de Hispanoamérica? Y a continuación, ¿qué es lo que tienen de común un hispanoamericano y un brasileño?, ¿qué es lo propio de Iberoamérica? Y para culminar, ¿qué tienen de común un iberoamericano y un norteamericano?, ¿qué tiene de común la América ibera con la América sajona? ¿Hay una idea propia de América común a todos los pueblos americanos? Pues bien, esta idea sólo podrá alcanzarse mediante una tarea de comprensión histórica. En esta ocasión, abstrayendo de la historia de las ideas el pensamiento y la filosofía de cada pueblo americano, el conjunto de ideas, pensamientos y filosofía que les es común, a pesar de sus muchas veces enormes divergencias.

Tal es la tarea que se han señalado varios de los estudiosos de la historia de las ideas en Hispanoamérica. Tarea que, desde luego es de comprenderse, parecerá pretenciosa y quizá hasta absurda. Pero nunca hay tarea pretenciosa y absurda si está motivada por hechos como los

L E O P O L D O Z E A

anteriormente señalados: primero, la necesidad, ya urgente, de tomar plena conciencia de nuestro pasado, con el fin de asimilarlo en forma tal que no siga siendo una amenaza para nuestro futuro; segundo, la necesidad, igualmente urgente, de tomar clara conciencia de nuestro sitio, o situación, dentro de este conjunto de pueblos al cual pertenecemos y que lleva el nombre de América, primer paso para comprender, igualmente, nuestra situación dentro de los pueblos de todo el orbe. En ambos casos, mediante una tarea de comprensión histórica. Primero es menester comprendernos a nosotros mismos como pueblos, después comprender a otros pueblos como semejantes.

LEOPOLDO ZEA